

*Almudel No. 39 - N*

EL

100

POETA NACIONAL,

ESTUDIO CRITICO-BIOGRAFICO DE ZORRILLA

POR EL

**Doctor Blas**

(M. MARTÍN FERNÁNDEZ)

CRONISTA DE VALLADOLID

Nombrado por el Excmo. Ayuntamiento de dicha Capital, para la  
Coronación del ilustre vate castellano.



VALLADOLID

Imprenta de Hijos de J. Pastor

CANTARRANAS, 26

1893

172444919

C

066

110

(100)

Al Sr. D. Llanos Po  
cayo, el autor,

EL POETA NACIONAL.

00  
11  
(10

# EL POETA NACIONAL.

Estudio crítico-biográfico de ZORRILLA.

POR EL

## DOCTOR BLAS

(M. MARTÍN FERNÁNDEZ.)

CRONISTA DE VALLADOLID,

NOMBRADO POR EL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE DICHA  
CAPITAL, PARA LA CORONACIÓN DEL ILUSTRE VATE  
CASTELLANO.

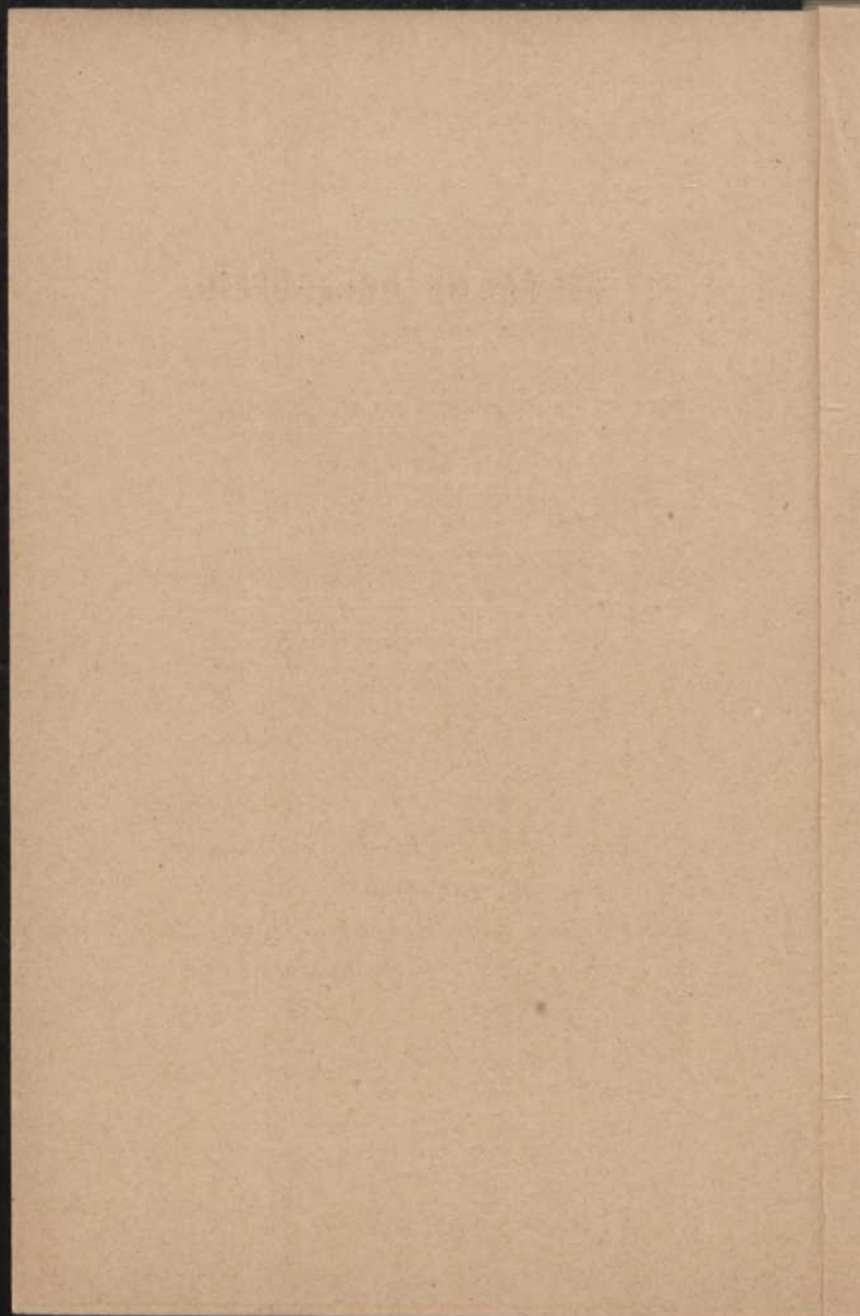


VALLADOLID,

*Establecimiento tipográfico de H. de J. Pastor.*

IMPRESORES DEL ILUSTRE COLEGIO DE ABOGADOS.

CANTARRANAS 25.



## A LOS POETAS DE VALLADOLID.

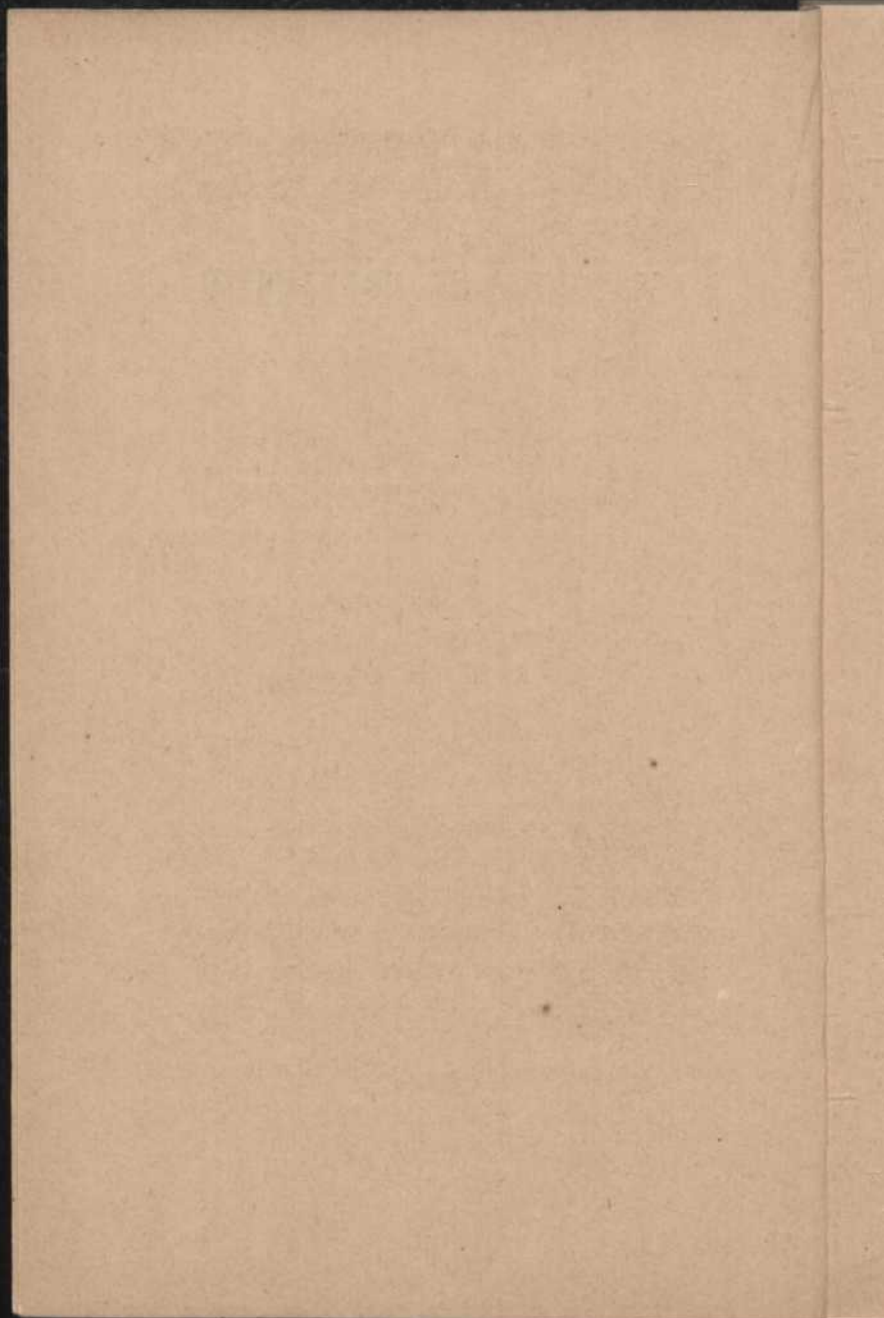


.....Hoy somos cuatro  
puestos sobre un pedestal,  
a quienes su pueblo adora  
de sus héroes á la par:  
NUÑEZ DE ARCE, que sus versos  
graba en bronce y pedernal;  
FERRARI, que lleva en su alma  
todo el cráter de un volcán;  
CANO, que tiene por pluma  
un escalpelo social,  
y yo, á quien han dado fama  
un Don Pedro y un Don Juan.

ZORRILLA.

*Su pueblo los ha proclamado por boca del  
insigne cantor de las tradiciones españolas.  
¡Gloria á José Zorrilla, Gaspar Nuñez de  
Arce, Emilio Ferrari, Leopoldo Cano!*









## EL POETA NACIONAL.

I

LECTOR:



As de saber, y para eso te lo digo, que hace ya tiempo me bullia debajo del pelo, la idea de escribir un trabajo de alguna extensión, acerca del viejo poeta de mi tierra á quien éste dedico.

Bien sé yo que ello no hace gran falta, porque plumas más acreditadas que la que tengo entre mis dedos se han de ocupar en este fin; pero á fé que, si no hace gran falta, estoy

en que tampoco sobraré; pues no en valde te habrán enseñado, como á mí, que por mucho trigo no es mal año; y al fin y al cabo, bien ó mal escrito, no estará demás cuanto se escriba acerca de un hombre tan ilustre, á quien por una sola vez hablé en mi vida, y cuyos motivo y ocasión voy á darme el gusto de referirte, así de ello te importe como á mí de las altas y bajas de la Bolsa.

Sucedió que, al entrar yo en un estanco, me encontré con D. José Zorrilla, quien á la sazón se hallaba dando vueltas á una efigie del rey, por valor de quince céntimos de peseta.

Extraña parecióme la operación; pero, sin parar mientes en ella, me puse á admirar al anciano, porque también te digo á fé de Blas que no otra cosa que admiración me inspiró siempre la respetable figura del *Trovador* de los *Cantos*.

En mi caletre me pintaba yo á Zorrilla diciéndole á la estanquera:

Yo soy el trovador que vaga errante;  
si son de vuestro parque esos linderos,  
no me dejéis pasar; mandad que cante;

los cuales endecasílabos me vienen al magin siempre que veo á su autor.

Bien comprendía, sin embargo, que Zorrilla no habria de acordarse de los linderos ni de las trovas cuando daba aquellas vueltas al sello antes

de pegarlo en el sobre para que estaba destinado.

De allí á un momento me dijo:

—¿Me hace usted el favor de colocar este sello en su posición natural? (Zorrilla debe de tener la aprensión de que, colocados los sellos *boca abajo*, no llegan las correspondencias á sus destinos.)

—Con mucho gusto,— respondí, y pegué el sello, como pedía.

—Mil gracias.

—Tengo yo gran placer en servir á un hombre que peina cabellos blancos, aun cuando no se llame D. José Zorrilla.

—Ande usted, que ya le servirán también cuando viva los años que yo tengo.

—Y usted que lo vea,—le dije, y despidiéndose de todos salió de la expendeduría de tabacos, como hoy se titulan los establecimientos de esta clase.

Yo sali detrás, sin darme cuenta de que nada habia comprado, siguiendo unos instantes al honorable viejo, y después con la vista hasta que se perdió entre las tinieblas de la noche.

Entonces pensé, como siempre, en lo grande que es nuestro poeta, y, como siempre también, sentí deseos de satisfacer mi capricho, escribiendo algo de su vida; pues, como te he dicho más arriba, caro lector, hacia ya algún tiempo que tenia comézón por hacer un estudio crítico-biográfico del autor de *La Copa de Marfil*.

Habiendo sido honrado con el nombramiento de cronista, que el Excelentísimo Ayuntamiento de Valladolid me otorgó, para asistir al solemne acto de la Coronación del gran poeta, estimé que sería oportuno aprovechar esta ocasión para dar gusto á la pluma.

Mas como la época en que recibí dicho nombramiento, de manos del digno alcalde de Valladolid, mi querido amigo D. Marcelino de la Mota Velarde, no daba lugar á escribir largo y tendido hube de concretarme á publicar este que titulo estudio critico-biográfico, trabajo al que puedes llamar, si asi lo quieres, precursor de otro que más tarde saldrá al mercado literario, Dios mediante, con el titulo *Zorrilla y su Coronación*; el cual trabajo, además de una detallada noticia de las fiestas de Granada, con motivo de la Coronación del poeta, contendrá una biografía extensa del gran Zorrilla.







## II

### Una tradición.



principios del año 1817 ocupaba una casa en el barrio de San Martín, de Valladolid, un honrado matrimonio formado por D. José Zorrilla y D.<sup>a</sup> Nicomedes del Moral.

Era aquél un cumplido caballero, que mereció la justicia de ser nombrado para desempeñar importantes cargos, tanto en la capital de Castilla la Vieja como en otras poblaciones.

En el día diecisiete de Febrero del año citado arriba nació su hijo, en la casa única que hoy existe en la calle de Fray Luis de Granada, esquina á la de la Lira.

De esta coincidencia *lirica* nace una tradición popular que ha llegado á mis oídos hace algún tiempo, y no dejaré pasar esta ocasión sin consignarla.

Cuenta alguna anciana vecina de aquel barrio que, hallándose un buen número de pobres á la puerta de la casa citada, esperando, como era costumbre en casos análogos, recibir una limosna por el feliz alumbramiento de D.<sup>a</sup> Nicomedes, «se oyó cantar un pájaro de preciosos colores, que se posó en las tapias que habia enfrente, y que, según dijeron, era cosa rara y se parecia en el *son* á una Lira.»

Atribúyese este hecho á un fenómeno casi milagroso, en el cual toma origen la tradición que cuenta que, cuando nació Zorrilla, le arrojaron la lira á las manos, para que hiciera vibrar sus cuerdas, ó que Zorrilla trajo una lira al nacer, asi como otros traen «un pan debajo del brazo.»

Como ello es de difícil comprobación, me limito á referir el hecho, tal y como me lo contó una vieja, que así tiene dientes en la boca como su abuela.

Y si, lector, dijeres ser comento,  
como me lo contaron, te lo cuento.

Lo cierto es que D. José Zorrilla, el ilustre autor de *Margarita la Tornera*, nació *tocando con la Lira*,

dicho vulgar que expresa la proximidad de la calle de este nombre con la en que vió la luz por vez primera el que después habia de dar á España un *Zapatero* y un *Rey*, en una pieza, y otros personajes no menos célebres: hecho que tiene toda la importancia que quiera dársele, pero que bien merece ser conocido, tratándose de un poeta que ha conseguido encumbrarse á la altura del primero en su siglo, y cuya universal fama corre de boca en boca por los ámbitos del mundo.

El nacimiento de Zorrilla es un hecho envuelto en tinieblas fantásticas, cuya realidad desea desconocerse leyendo aquellos magníficos versos del poeta:

.....Mis oídos  
del medio de una nube refulgente  
el acento de Dios omnipotente  
oyeron de pavor estremecidos.

«Canta, dijo una voz, tal es tu suerte,  
pero canta en el polvo que naciste,  
allí donde jamás han de creerte:  
canta la vida, mientras vá la muerte  
á sí llamando tu existencia triste.»

Dijo, y me echó á la tierra y á la vida,  
y al impulso de su hálito divino  
con cántiga risueña ó dolorida  
la soledad alivio del camino:  
y cumplo así la ley de mi destino.





### III

## ¡Era un niño!



o en otra cosa pensó Zorrilla desde sus primeros años que en dedicarse á la literatura, pensamiento que hubo de acarrear serios disgustos á su honrado padre.

Entre un libro de Derecho y unas poesías, para Zorrilla no había punto de comparación, y encontraba una extraordinaria diferencia entre Hartzenbusch y Justiniano, por supuesto, en favor de Hartzenbusch.

Por esto nada tenia de particular que al estudiar  
el derecho hablase en tono zumbón

de obligaciones reales  
que cansaban su mente bulliciosa,  
igual que los derechos personales,  
los contratos verbales,  
testamentifacción inoficiosa,  
herencia ab intestato  
y alguna que otra cosa,  
así como el maldito comodato,  
que no es ni más ni ménos que un contrato.

A los nueve años ingresó Zorrilla en el Real Seminario de Nobles que los Jesuitas establecieron en Madrid, donde ya se dió á la poesía con aplauso de sus maestros y compañeros.

Ningún mérito tenían los versos que escribió entónces, si no era la manera de recitarlos su autor; pues es de advertir que Zorrilla, habiendo oido declamar algunas veces á los actores en el teatro, y muy principalmente á Carlos Latorre, su actor predilecto, aprendió á dar una brillante entonación á la lectura de los versos, que le ha valido después muchos aplausos en su larga carrera literaria.

A los diez y seis años fué enviado á la Universidad de Toledo para estudiar leyes, y encomendado por su padre á un prebendado pariente, á quien dió muchos disgustos por su extraordinaria afición á la poesía y al dibujo y su mayor despego á las leyes.

A pesar de su reprensible conducta, por la falta de estudio, salió adelante en los de aquel año, y en el siguiente fué trasladado á la Universidad de Valladolid, con la esperanza de que ganase el curso con más brillantez, lejos como estaba de los puentes del Tajo, la Virgen del Valle, y el Castillo de San Servandó, que tanto en Toledo habian distraido su imaginación.

Pero á fé que si en aquella ciudad desaprovechó el tiempo, no hizo otra cosa en la de Valladolid, de donde enviaron muy malos informes á su señor padre.

Ya por entonces se había dejado largas meletas y sus versos eran muy conocidos, corriendo de boca en boca su extraordinaria facilidad para componerlos, hasta el punto de hablar casi siempre en endecasílabos con los compañeros de estudio y hospedaje; lo cual oí varias veces de labios de su amigo D. José Cano, viejo y honrado médico que falleció no ha muchos meses, siéndolo en un pequeño pueblo de Castilla la Vieja.

Al año siguiente, y como su padre hubiérale advertido que había de ponerle las peras á cuarto, si no salía más airoso de sus estudios, ideó una fuga que puso en práctica de la siguiente manera:

Hizo saber á sus encargados que no estaba dispuesto á estudiar con más aprovechamiento que en años anteriores, los cuales encargados viéronse en la precisión de enviarle á Lerma, don-

de á la sazón se encontraba su padre. Salió Zorrilla de Valladolid en una galera, y cuando ya iba á llegar al término de su viaje, hizo alto en un pueblo donde habitaba un pariente suyo, y montando en una yegua del tal, sin que éste lo echara de ver, volvióse á Valladolid, donde vendió la cabalgadura á fin de proporcionarse algunos recursos para adquirir un nuevo billete hasta Madrid.

Durante los primeros meses, desde que se apeó en la calle de Alcalá, pasó Zorrilla por sinnúmero de vicisitudes, hijas todas de sus pocos años y del caso omiso que habia hecho de los sábios consejos de sus mayores.

Baste saber que en aquel tiempo escribió Zorrilla en algún periódico que hubo de merecer del Gobierno la suspensión, á causa, sin duda, de las doctrinas que predicaba; que se hizo pasar por hijo de un artista italiano, que durmió en una bohardilla, que dibujó para un periódico francés con objeto de ganar el pan de cada día y que tuvo que pasear por las calles de la Corte en concepto de gitano.

El poeta, en tanto, iba sintiendo dentro de sí una brillante inspiración que, más bien que esperanza para el porvenir, era su desgracia del presente, puesto que no la podía revelar..... y tenia sed de gloria.

Poco á poco fué adquiriendo relaciones literarias, que le proporcionaron medios de dar á conocer



sus poesías y ganar algunos reales, encontrando á su disposición las columnas de *El Porvenir* y más tarde *El Español*, el primero de cuyos periódicos le pagaba un sueldo de treinta duros al mes.

Por entónces ocurrió la escena objeto del número siguiente, y por entónces también alcanzó la honra de ser presentado á Espronceda, lo cual era uno de sus sueños que más deseaba ver realizados.

Cuando le presentaron á este escritor insigne, acababa de revelarse Zorrilla poeta de brillante inspiración, y como aquél esperase ver ya una cabeza encanecida, se sorprendió ante la presencia del que después había de ser autor ilustre del *Traidor, inconfeso y mártir*, y estrechándole fuertemente entre sus brazos, le estampó un beso en la frente, exclamando:

— ¡Es un niño!





IV

Un génio que muere

Y

UN GÉNIQ QUE NACE.



El ilustre Figaro, el insigne Zorrilla...  
dos génios que se tocan al pié de  
una tumba!

D. Mariano José de Larra, que  
desaparece del mundo de los vivos.  
Don José Zorrilla, que brota en un  
Cementerio.....

El notable escritor satirico del  
siglo XIX, que no habia podido resistir los rudos

golpes de su triste suerte, después de luchar con su amarga existencia, buscó la perdida paz en el cañón de una pistola, cuando aún no se habían pasado los veintiocho primeros años de su vida. Sucumbió impelido por el vil proceder de una adúltera arrepentida, mujer indigna que durante cinco años faltó á los sagrados deberes que le impuso un sacramento de Dios, y no vaciló después en romper los lazos que aquél trajera en pos de sí, arrojando el corazón de su esposo al contacto de una bala.

Eran conducidos los restos de Don Mariano José de Larra al Cementerio de la puerta de Fuencarral, en la tarde del 14 de Febrero de 1837. Un numeroso concurso invadía aquella morada de los muertos. Los vivos, abismados en el dolor, derramaban abundantes lágrimas por la memoria del que fué insigne Figaro.

De repente, y como si para salir al mundo hubiera roto la fría losa de una tumba, apareció un jóven desconocido para todos, con los ojos hundidos por el dolor y pálido el semblante, quien, con voz triste y melancólica, pero viril y potente, leyó en unos papeles que estrujaba con mano trémula:

Ese vago clamor que rasga el viento  
es la voz funeral de una campana:  
vano remedo del postrer lamento



de un cadáver sombrío y macilento  
que en súcio polvo dormirá mañana.

Acabó su misión sobre la tierra,  
y dejó su existencia carcomida,  
como una virgen al placer perdida  
cuelga el profano velo en el altar.  
Miró en el tiempo el porvenir vacío,  
vacío ya de ensueños y de gloria,  
y se entregó á ese sueño sin memoria,  
que nos lleva á otro mundo á despertar.

Era una flor que marchitó el estío,  
era una fuente que agotó el verano;  
ya no se siente su murmullo vano,  
ya está quemado el tallo de la flor.  
Todavía su aroma se percibe,  
y ese verde color de la llanura,  
ese manto de yerba y de frescura  
hijos son del arroyo creador.

Que el poeta en su misión  
sobre la tierra que habita,  
es una planta maldita  
con frutos de bendición.

Duerme en paz en la tumba solitaria  
donde no llegue á tu cegado oído  
más que la triste y funeral plegaria  
que otro poeta cantará por tí.  
Esta será una ofrenda de cariño

más grata, sí, que la oración de un hombre,  
pura como la lágrima de un niño,  
memoria del poeta que perdí!

Si existe un remoto cielo  
de los poetas mansión  
y solo le queda al suelo  
ese retrato de hielo,  
ese retrato de hielo,  
fetidez y corrupción;  
¡digno presente por cierto  
se deja á la amarga vida!  
¡Abandonar un desierto  
y darle á la despedida  
la fea prenda de un muerto!

Poeta, si en el *no ser*  
hay un recuerdo de ayer,  
una vida como aquí  
detrás de ese firmamento...  
conságrame un pensamiento  
como el que tengo de tí.

Cuando acabó de leer estos versos aquel jóven  
mejor diré, aquel niño, puesto que ya su autor lo  
confesaba al ofrecer la plegaria funeral

pura como la lágrima de un niño;

al acabar de leer estos versos, en los que ya se  
revelaba, á falta de otros méritos artísticos, una  
inspiración ardiente, el entusiasmo y el asombro  
cundieron por los ámbitos de la fúnebre mansión.

Aquel jóven era José Zorrilla.

Don José Zorrilla, que había conseguido entusiasmar verdaderamente á un numeroso auditorio con la primera poesía que leía en público, cuando aún no contaba los veinte años de su edad, y quien, al brotar de un sepulcro, unía las risueñas esperanzas de su corazón con las amargas lágrimas de su alma.

De entónces data la popularidad del que después había de ser el más insigne de los poetas españoles de su siglo, y de quien más tarde había de cantar:

Broté como una yerba corrompida (1)  
 al borde de la tumba de un malvado,  
 y mi primer cantar fué á un suicida:  
 ¡Agüero fué por Dios bien desdichado!

---

(1) Ignórase cuál es el verdadero original de este primer verso: porque está publicado de las tres maneras siguientes:

*Broté como una planta corrompida*

—  
*Broté como una planta maldecida.*

—  
*Broté como una yerba corrompida,*



V.

## Autor dramático.



ON José Zorrilla era ya antes de los veinticuatro años un poeta muy conocido y muy estimado, que había adquirido gran fama publicando versos en los periódicos, reimprimiéndolos en libros que le compraban los editores, y leyéndolos en el Liceo.

Jamás había pensado en exprimir su ingenio de otra manera para extraer oro.

Un día llegó á casa de su amigo el celebrado escritor D. Antonio Garcia Gutierrez, á quien



encontró mal humorado, por..... lo que suelen estar hoy mal humorados casi todos los escritores que no poseen otras rentas que su ingenio.

Necesitaba una cantidad con urgencia, y no hallaba medio de adquirirla tan pronto como quisiera él, porque no tenía preparada obra alguna para el teatro. No había en su poder otro capital que el argumento para un drama, y como propusiera á Zorrilla escribirlo en colaboración, éste se atrevió á acometer la empresa, sin prever cuáles serían sus resultados, porque era la primera vez que *se ponía á ello*, como aquél jóven del violín, á quien preguntaban en cierta reunión:

—¿Sabe usted tocar el violín?

--Hombre, no sé si sabré, porque no me he puesto nunca; pero traiga usted el instrumento y probaré.

Zorrilla acertó con las notas por la primera vez; pues en media semana escribieron aquellos dos poetas un drama en tres actos, que titularon *Juan Dándolo...* y que dió á sus autores lo que necesitaban.

Así empezó D. José Zorrilla su carrera de autor dramático.

Como entónces causó verdadera admiración á García Gutierrez la asombrosa facilidad de su colaborador, puesto que éste escribió la mayor parte de aquel drama, Zorrilla se consideró no en balde con fuerzas suficientes para acometer empresas de

esta clase por sí solo, y así lo realizó, dedicándose por entónces sin descanso á este género de Literatura y escribiendo para la escena más versos que para los libros.

Habia descubierto el poeta una mina ignorada y la explotó, produciendo en seguida la comedia en tres actos *Cada cual con su razón*, primera de las obras que escribió sin colaborador, y las que después ha dado al teatro: *El eco del torrente*, drama en tres actos, *Cain, pirata*, introducción á *Un año y un día*, drama en tres actos, *Sancho Garcia*, composición trágica en tres actos, con la cual se jactan de haber hecho furor casi todos los racionistas desde la terminación del año 42 hasta la fecha; *El molinero de Guadalajara*, drama en cuatro actos, *El caballo del Rey D. Sancho*, comedia en cuatro jornadas, *La mejor razón, la espada*, comedia en tres actos, *Más vale llegar á tiempo que rondar un año*, comedia en tres jornadas, *El puñal del godo*, drama en un acto, y su continuación, titulada *La calentura*, que no se escribió hasta cinco años después, *Apoteosis de D. Pedro Calderón de la Barca*, espectáculo teatral en un acto, *Lealtad de una mujer y aventuras de una noche*, comedia en tres actos, *Ganar perdiendo*, comedia en tres jornadas, *Los dos Vireyes*, drama en tres actos, con el cual pretendieron jugar una mala pasada á D. José Zorrilla, porque estaba causando buen número de víctimas su gran reputación; *Vivir loco*

y morir más, capricho dramático en dos actos, *La Reina y los favoritos*, drama en tres actos, *El excomulgado*, drama histórico en tres actos, *La Creación*, introducción fantástica en dos partes á *El Diluvio Universal*, comedia de espectáculo en tres actos, *El Rey loco*, drama en tres actos, *Sofronia*, tragedia en un acto, *La oliva y el laurel*, alegoría escrita para las fiestas de la proclamación de la reina Doña Isabel II, *La copa de marfil*, espectáculo trágico en tres partes, *El alcalde Ronquillo ó el diablo en Valladolid*, drama en cinco actos; y ha escrito también los dramas que más gloria han dado á su autor: *Traidor, inconfeso y mártir*, drama histórico en tres actos, los ocho actos de la primera y la segunda partes de *El zapatero y el rey*, y los siete del famoso *D. Juan Tenorio*.

La fecundidad de Zorrilla ha sido extraordinaria, pues además de estas obras dramáticas, ha escrito libros en verso y algunos en prosa, suficientes para llenar una biblioteca.

La fogosidad de su imaginación se demuestra leyendo ó presenciado la representación de varias de las citadas obras, y bastaría para ello copiar las acotaciones de alguna de ellas.

He aquí lo que dice al comenzar *La Creación*, introducción fantástica á *El Diluvio Universal*, comedia de espectáculo en tres actos:

«El teatro representa el Caos. Decoración de gasas: oscuridad completa. Desde el momento de



alzarse el telón se oye una música sorda y monótona, á cuyo son se abre muy despacio la apariencia de sombra que oculta á Luzbel, quien se supone que va atravesando la región tenebrosa del Caos cuyas tinieblas van lentamente aclarándose conforme Luzbel se aproxima á los confines de la Creación. Los personajes de esta escena no pisan el tablado; van sobre grupos de vapores, flotando en la oscuridad, entre la que aparecen ó desaparecen cuando salen ó entran. — Luzbel es un hermoso mancebo cuyo cuerpo está completamente escamado de verde, púrpura y oro, y adornado con alas de magnificas plumas negras plegadas sobre sus espaldas, de manera que hagan el efecto de un manto graciosamente recogido. La tentación es una jóven bellísima, cuyos cabellos sueltos en bucles caen sobre sus hombros, que, así como las partes de su cuerpo que no repugnan la decencia y el decoro, deben ir desnudos. Este personaje viste un manto cuajado de pedrería. El Caos es un personaje invisible, de quien solo se percibe la voz.» (Ruego á ustedes que lean esto otra vez, porque no deben de haberse enterado bien de su contenido.)

Claro está que todo ello no es más que un alarde de la exuberante imaginación del poeta, é irrealizable de todo punto; porque no hay empresa que se atreva á *montar la obra*, según el lenguaje de tablas, como la pide su autor.

Bien veía éste que era imposible pintar una decoración que representara el Caos, el cual es un personaje invisible que habla, con telones de gasas en oscuridad completa; porque si había tan completa oscuridad, ni hacían falta gasas ni telones.

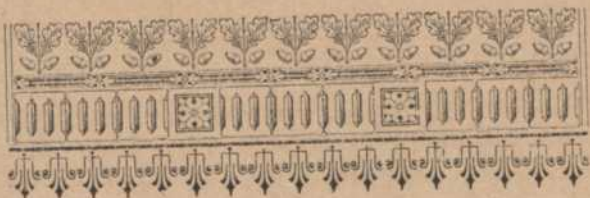
Es también pura fantasía lo de abrirse muy despacio la *apariciencia de sombra* que oculta á Luzbel, al són de una música sorda y monótona, que se oye sin duda desde los confines de la Creación, á donde se acerca la sombra aparente, la cual se supone que vá atravesando la región tenebrosa del Caos.

Hay que convenir en que, si es necesario suponer la sombra de Luzbel, y además la sombra es aparente, el pobre Luzbel queda reducido á la mínima expresión, y ni hay sombra, ni apariencia, ni Caos, ni nada, y entónces el espectador se supone lo que quiere.

Además dice que los personajes, «que aparecen y desaparecen cuando salen ó entran», no pisan el tablado y van sobre grupos de vapores flotando en la oscuridad.

Todo esto hay que suponerlo también, lo mismo que las descripciones del parrafito anterior; porque está tan claro como la definición que del túnel daba en cierta ocasión un soldado de la cuarta del tercero.

—Miste—decía, — un túnel es un agujero largo, muy largo, y oscuro, muy oscuro... y luego silban,



## VI

### Poeia legendario.



OMO poeta legendario merece, no una, sino cien coronas, el cantor insigne de las españolas tradiciones.

Zorrilla ha escrito los *Cantos del Trovador*, la obra más poética que ha producido el ingenio de un hombre.

Si las innumerables ediciones de todas las obras del autor de *La Princesa Doña Luz* se perdieran después de su muerte, y se conservaran

únicamente dentro de dos siglos ésta y las demás leyendas que forman los *Cantos del Trovador*, dentro de dos siglos se conservaría la memoria de don José Zorrilla, considerado como el inmortal poeta legendario del XIX.

El *Trovador* ha hecho alarde de todo su numen poético en los *Cantos*.

Zorrilla ha escrito una fantasía religiosa, considerada como la mejor obra de su autor; una tradición popular que se llama *Margarita la tornera*, cuya primera página, digna de tal fantástica leyenda, dice así:

### INVOCACIÓN.

¡Espíritu sublime y misterioso  
que del aire en los senos escondido  
templas su voz, prestándole armonioso  
eco gigante ó soñoliento ruido;  
Arcangel cuyo canto melodioso  
al orbe arrulla ante tus pies tendido,  
inspira tú palabras á mi acento  
gratas como la música del viento!

Porque ¿quién como tú me las daría?  
Tú, cuya voz dulcísima murmura  
en la quietud de la floresta umbría,  
y del bosque salvaje en la espesura,  
y en los gemidos de la mar bravía,  
y en los murmullos de la sombra oscura,



y cuanto tiene inspiración ó acento  
tonos te pide para usar su aliento.

¿Quién como tú la inspiración me diera  
y la armonía celestial y santa,  
y la robusta entonación severa  
de que carece mi mortal garganta?  
Cruzar los lindes de tu azul esfera,  
medir audaz la inmensidad que espanta  
no osara, no, mi pensamiento vano  
sin el auxilio de tu santa mano.

Y tú, radiante y peregrina estrella,  
María, de los mundos soberana,  
Madre sin mancha, compasiva y bella,  
á quien adoro en ilusión lejana  
cual faro santo que en mi fé destella,  
mi voz perdona, si mi voz profana  
osa hablar de tu amor y tu hermosura  
con lengua pobre, terrenal é impura.

Sé que mis ojos, inmortal Señora,  
la gloria manchan de tu faz divina;  
indignos ¡oh celeste emperadora!  
son de mirar tu sombra peregrina;  
no merece mi lengua pecadora  
ser alfombra á tu planta cristalina;  
mas deja al fin ¡oh luz de mi esperanza,  
que alce un himno mi voz en tu alabanza!

¡Venid los que llorais! oid mi canto  
los que creéis en la virtud y el cielo;

venid, almas transidas de quebranto,  
venid á oírme y hallareis consuelo,  
vereis lucir tras la tormenta oscura  
un rayo de esperanza y de ventura.

La inspiración de Zorrilla no tiene límites.

En esta misma invocación de tan bellísima leyenda se vé al poeta en los momentos de inspiración más viva y más brillante.

En estas hermosas octavas está el poeta tan inspirado como cuando canta en su *Indecisión*.

¡Bello es vivir, la vida es la armonía!  
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,  
un sol de fuego iluminando el día,  
aire de aromas, flores apiñadas.

Y en medio de la noche magestuosa  
esa luna de plata, esas estrellas,  
lámparas de la tierra perezosa,  
que se ha dormido en paz debajo de ellas.

¡Bello es vivir! Se vé en el horizonte  
asomar el crepúsculo que nace;  
y la neblina que corona el monte  
en el aire flotando se deshace;

Y el inmenso tapiz del firmamento  
cambia su luz en franjas de colores;  
y susurran las hojas en el viento,  
y desatan su voz los ruiséñores....

En estos magníficos versos se manifiesta el poeta que siente.

Como una de tantas tradiciones en las que el inspirado poeta ha revelado su genio, podría citarse la que titula *A buen juez mejor testigo*, hermosa muestra de su númen poético; y no es menos bella la tradición titulada *Recuerdos de Valladolid*, en una de cuyas primeras páginas se lee este romance:

. . . . .  
Allá por entre las cercas  
que el Campo Grande aprisionan,  
túrbias luces se perciben  
por entre ventanas rotas,  
á cuya opaca lumbrera  
algún penitente ora,  
y con el llanto del monge  
las culpas del hombre borra;  
ó algún sabio solitario  
en meditación más honda  
del vano mundo desprecia  
la mal olvidada pompa.

Cuán grato es ir sin camino  
con el corazón á solas  
en la deliciosa calma  
de la noche silenciosa;  
sin testigos que sorprendan  
sobre la faz melancólica  
las lágrimas que se escapan  
de los ojos gota á gota.



Noche, consuelo del triste,  
¡Bendita tu amiga sombra,  
entre cuyos densos pliegues  
no se avergüenza quien llora!

Yo también, triste poeta,  
al compás del arpa ronca  
te rindo tributo en lágrimas,  
plegarias de mis memorias.

Y una y mil veces bendigo  
tu espesa tiniebla lóbrega,  
desciñendo las guirnaldas  
que el arpa cansada adornan.

Noche, consuelo del triste,  
¡Bien haya tu amiga sombra,  
entre cuyos densos pliegues  
no se avergüenza quien llora!

La mayor parte de la gloria que ha merecido nuestro gran poeta popular la debe a sus leyendas.

Así lo ha reconocido Zorrilla cuando en sus *Recuerdos del tiempo viejo* escribió:

.....«Es *Margarita la Tornera* la única producción que me ha conquistado el derecho de llamarme poeta legendario, y creo que el poeta que lo escribió no merece ser olvidado en su patria; y cuando veo que la fama eleva en sus

alas á otros poetas contemporáneos, no tengo envidia de sus merecidos triunfos ni de las justas alabanzas de sus modernas obras, y me digo á mi mismo callandito, sin orgullo, modestamente, pero con conciencia de mi mismo: «Yo también soy poeta; yo también he escrito mi *Margarita la Tornera.*»





VII.

Escritor festivo.



ENTIRA parece, pero Don José Zorrilla ha sido en sus mocedades escritor festivo á lo Vital Aza, ni más ni ménos que si hubiera nacido para regar consonantes por los almanaques con monos de los actuales tiempos.

¡El, que hace sentir con las vibraciones de su inspirada poesía, escribiendo versos jocosos para los periódicos satíricos!

Ya el propio Zorrilla se asustaba de esta idea, exclamando:

... ¡A mí, que siempre he sido  
el cantor de la sangre y las visiones!  
¡A mí, que en todas partes me han tenido  
por el buho más negro y melancólico  
que del furor romántico ha nacido!  
¡A mí, cuyo estro bárbaro y diabólico  
espanta al sano público en la escena  
con obras que espeluznan á un católico!

Mentira parece, repito, que Zorrilla escribiendo pudiera hacer reír, pero esta es la realidad de los hechos.

En su trato particular ha demostrado esta propiedad en muy diversas ocasiones, como lo prueba el hecho siguiente, ocurrido hace pocos años.

Iba á verificarse la inauguración de un teatro de provincias, y en la noche de la vispera se estaban haciendo pruebas de las condiciones acústicas del mismo, y otras necesarias, á las cuales pruebas habían sido invitados autoridades y periodistas, entre los que tuve la honra de contarme, y lo había sido también Zorrilla, en clase de génio del país.

Como á pesar de su edad avanzada, siempre ha conservado, por regla general, un semblante que demuestra una salud á toda prueba, hubo de exclamar uno de los concurrentes, después de haber recitado Zorrilla algunos versos en la escena:



—Don José; veo que se conserva usted como un muchacho de veinte años; está usted mejor que hace cuarenta.

A lo que con afectada seriedad contestó el aludido:

—Aunque me veis que canto y disimulo,  
¡si vos supiérais como traigo el ....!

Una carcajada general acogió los dos endecasílabos del poeta.

Pues bien; Zorrilla se ha mostrado en público tan jocoso como entre aquella docena de amigos.

Allá por los años de cuarenta y dos á cuarenta y tres, hace la friolera de cerca de medio siglo, escribió nuestro poeta en *La Risa*, enciclopedia de estravagancias, semanario satirico cuyas columnas alardeaban de encerrar tan notables firmas como las de D. Juan Martínez Villergas, D. Manuel Bretón de los Herreros, D. Eulogio Florentino Sanz, D. Miguel Agustín Príncipe, D. Modesto Lafuente, el incomparable *Fray Gerundio*, D. Wenceslao Ayguales de Izco, director de la revista, Don Juan Eugenio Hartzenbusch y otros distinguidos escritores.

A su lado demostró Zorrilla su festiva musa, y tiene impresa en aquel periódico, entre otras, una notable composición en la que emplea setenta y cuatro consonantes esdrújulos, (los mismos de otra poesía á que contesta) para llamar gordo al

director, y en la cual, después de una larga tirada de versos, continúa:

Sois un puro inconveniente  
vosotros los mosfetudos,  
y haceros en la piel nudos  
fuera á mi ver muy prudente.

Prescindamos del apodo  
preciso de un barrigón,  
aquello de San Antón  
pero con el cerdo y todo:

prescindamos de que Utrilla  
no sabe cómo ajustaros  
un chaleco sin ahogaros,  
ó un pantalón con trabilla;

de que él se desacredita  
y con fatal desengaño  
ve que no le queda paño  
de vuestro frac ó levita;

.....  
¿Si vais á un duelo? ¡qué azar!  
aunque el contrario sea manco,  
como oponéis tanto blanco  
por fuerza os ha de tocar.

Pues digo, ¿si es á pistola  
y os toca el tiro segundo?  
¡bah! despedíos del mundo  
y que carguen su arma sola.

¿De qué os valdrá la fatiga  
que empleéis en perfilaros?  
La bala al fin ha de daros  
en mitad de la barriga.

.....

Por cuyas dos mil razones  
os llevamos gran ventaja  
los hombres como una paja  
á los hombres barrigones.

Además de *La Risa*, honró igualmente Zorrilla por aquella época las columnas de *La Ilustración*, periódico universal, en el que también esgrimía ya sus armas literarias D. Ramon de Navarrete, el elegante revistero de salones en la actualidad, que ya por entónces escribía sus crónicas de Madrid á lo *Asmodeo*, y de quien ha dicho el aplaudido escritor de estos tiempos, Sinesio Delgado, que  
con las duquesas y los marqueses,  
y otras personas muy distinguidas,  
pasa las noches muy divertidas  
tomando *léses*.

Pero no era suficiente mérito para Zorrilla presentarse como poeta festivo, y demostró sus excelentes aptitudes como escritor satirico, lo que fácilmente se prueba con la lectura de *El Poeta*, artículo que forma parte de la colección titulada *Los Españoles pintados por si mismos* (1), en el que se coloca á la altura del insigne Figaro, manejando la sátira.

(1) Esta notable obra, en la que se halla inserto el citado trabajo de Zorrilla, se publicó en los años de cuarenta y tres y cuarenta y cuatro, y en ella figuran tan autorizadas firmas como las de El Solitario, Manuel Bretón de los Herreros, Enrique Gil, Manuel Maria Santa Ana, el duque de Rivas, Jacinto Salas Quiroga, Antonio Flores, Eugenio de Ochoa, Pedro Madrazo, Antonio Ferrer del Rio, Tomás Rodriguez Rubi, Antonio Garcia Gutierrez, Ramón de Navarrete, Fermín Caballero, Juan Eugenio Hartzenbusch, Antonio Gil de Zárate, Francisco Navarro Villoslada, Juan Martinez Villergas, El Curioso Parlante y otros.



A buen seguro que el desgraciado Larra no se hubiera desdeñado de firmar este notable trabajo de Zorrilla, donde habla, sin querer hablar, del «mancebito de barbería que en vez de aprender á conocer los simples, pasa el tiempo escribiendo coplas á las criadas de sus vecinos; y dejándose crecer su indomable pelo de la dehesa, su áspero bigote y desigual perilla, pone en comedia la vida y aventuras del sacristán de su lugar, y se lanza á presentarla á las empresas de teatros y á los actores, perdonándoles la vida si se la ponen en escena»; donde habla, sin querer hablar, del «kimberbe muchacho que se presenta en las redacciones de los periódicos de literatura, que no pagan, á escribir lo que necesitan los redactores ó el dueño del periódico»; donde habla, sin querer hablar, del que «se hace sensible con las damiselas de equivoco carácter y les lee sus versos en tono lastimero, recordándoles la buena amistad que le une con las notabilidades literarias de la capital»; donde habla, sin querer hablar, del «otro mancebo que hace diez años que se ha plantado en los veinticinco, que ha hecho una ó dos escursiones hasta París, donde ha adquirido un modo de hablar, de vestir, de andar y de vivir en fin, si no muy acomodado á las costumbres del país en que nació y vive, muy apropósito para hacerse *remarquable*»; donde habla, en fin, burla hurlando, del que escribe en todos los periódicos por darles reputa-



ción firmando sus columnas, de aquél á quien todas las hermosas de Madrid confían su *album*, el cual se encarga de llenar por la estrecha amistad que le une á todas las notabilidades, y por último, del cartero del arte que conoce á todas las *joyas* que encierran los liceos y teatros caseros de la nación.

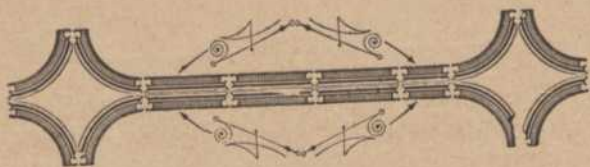
Ese es Zorrilla el satírico.

En este género hubiera sobresalido mucho nuestro poeta; pero debió de conocer sus inconvenientes, porque en verdad que es cosa escabrosa el meterse con nadie, y optó por huir de la tentación de escribir sátiras.

Que no dijo mal D. Francisco Martínez de la Rosa cuando dijo:

que es lícito en el mundo ser malvado,  
más decir la verdad no se perdona.





### VIII.

## Un estreno.



ORRILLA no ha sufrido decepción alguna en los estrenos de las obras que ha dado á la escena.

A bien que las ha tenido que sufrir más tarde en otras representaciones que ha presenciado; pues como sus obras son tan queridas de los principiantes, se atreven con ellas á las primeras de cambio y las *perpetran* sin miramientos, con lo que resulta casi siempre *ejecutado* el ingenio de su autor.

Por eso han atribuido á éste la siguiente epigramática redondilla, á raíz de haberse representado *El puñal del godo* por unos aficionados:

UN AMIGO.—¿Qué tal lo hicieron los godos?

EL POETA.—¡Hombre!... lo han hecho tan mal,  
que buscaba yo el puñal  
para matarlos á todos.

Una de las obras de Zorrilla que más éxito han alcanzado, precisamente por las circunstancias que acompañaban á su primera representación, ha sido *El zapatero y el rey*, segunda parte, estrenada en el teatro de la Cruz, en Madrid, el año 1841.

Es hombre Zorrilla que tiene conciencia de sí mismo, y arrostra los peligros con la confianza del que la tiene en sus obras.

No ocurre lo mismo á todos los autores, quienes generalmente pasan las de Cain en las noches de estreno.

Al levantarse el telón, el autor de la obra que ha de ser estrenada experimenta, por regla general, una sensación extraordinaria: siente frío; después parece que le van á estallar las arterias faciales, por no poder contener el líquido que quiere salirse á través de los ojos, y si le ocurre la idea de mirar al público por una de las cajas de bastidores, parece como que las luces se multiplican para convertirse en extenso foco que envuelve la sala y confunde las cabezas de los espectadores, seme-



jando éstas copiosa lluvia de menudas gotas recién posadas en la suave superficie de un mármol.

Durante las primeras escenas, el autor corre de un lado á otro del escenario, como un segundo apunte, creyendo siempre que todos los actores van á salir tarde, de lo cual puede depender el fracaso.

Pasados los primeros momentos, se dedica á estudiar las impresiones del público, paseando de arrojes á topes, con la oreja pegada al forillo.

Si tose un espectador, se figura que trae malas intenciones, y pensando en que es un modo de expresar el descontento, murmura entre dientes: —Ese es algún amigo; los amigos son siempre envidiosos..... Otra vez tose..... ¡Pero, señor, por qué no toserán de una vez antes de venir al teatro!

Y el autor sigue presa de una emoción espantosa hasta que termina la representación, hora en que sale á escena llamado por los aplausos, que caen en su corazón para ensancharle, ó sale del escenario en gran velocidad por la puerta de *arrastre*, dirigiendo atrevidas recriminaciones contra los artistas, contra el público y hasta contra la Provi-dencia, que consintió el invento de los pitos.

No todos los autores son capaces de resistir la sensación que se experimenta en las noches de estreno.

El aplaudido Tamayo se ha acostado algunas veces temprano en las noches de sus estrenos y



esperado la noticia del éxito en la cama; como Sardou, quien se quedaba en casa con jaqueca en estas ocasiones.

Dícese que uno de los ejemplos más notables de la emoción que experimentan los autores, en semejantes trances era el ilustre novelista inglés Carlos Dickens, de quien Jules Claretie refiere una curiosa anécdota.

Habia llegado Carlos Dickens á Paris sin otro objeto que ver interpretada por actores franceses su obra *El Abismo*, cuya traducción se representaba por primera vez en el Vaudeville. El actor Fechter, amigo suyo, que habia dirigido la *mise en scene* de *El Abismo*, se habia encargado de presentar á Dickens á sus compañeros los demás actores. Llegó la hora de levantarse el telón y Dickens, muy emocionado, después de dar unas cuantas vueltas por el escenario, exclama:

—¿Qué le parece á usted, Fechter? ¿Vamos á dejar que esté un poco adelantada la obra?

—Como usted quiera.

—Si á usted le parece, iremos al bosque de Bolonia; hace mucho tiempo que no le veo.

Después de dar un largo paseo en carruaje, vuelven al teatro de Vaudeville á las nueve en punto.

—Entremos.

—No, —replica muy inquieto Dickens;— pregunte usted en qué acto están.

—Acaba de empezar el segundo, —dice Fechter; después de enterarse.

—En este acto no hay situación culminante; quisiera entrar cuando ya estuviera juzgada la gran situación de la obra, para apreciar el efecto.... Vamos á tomar otro coche.

—¿Y para qué?

—Hombre, vamos al baile Maville, que nunca he estado allí.

—Vamos, si es un capricho; pero hombre, ¡vaya una manera tan rara de ver sus obras!

Después de dar un paseo más largo que el anterior, vuelven al Vaudeville á las once.

—¿Quiere usted, amigo Fechter, que esperemos? No tardarán en representar el último acto, que es el más peligroso.

—Esperemos.

—¡Qué noche tan deliciosa!

—Sí.... muy deliciosa,... (Este hombre vá pareciéndome cada vez una cosa más rara.)

—Tengo sed.

—¡Hombre! Lo mismo que Cristo. ¿Quiere usted tomar algo?

—Bueno; entraremos en el café,

Después de tomar asiento al lado de una mesa del establecimiento, les pregunta el mozo:

—¿Qué quieren ustedes?

—A mí, —responde Dickens después de unos

momentos de vacilación, — tráeme.... la *Guía de los Caminos de Hierro*.

Lo cual es casi lo mismo que si en el Café Imperial, por ejemplo, hubiera pedido uno de nuestros acreditados chulos:—Niño, sirveme el cajón de los cuartos.

Como era de esperar, la estraña petición de Dickens sorprendió á su amigo Fechter, quien hubo de interrogarle:

—Pero hombre: ¿no tenía usted sed? ¿O es que piensa usted beberse la *Guía de Ferro-carriles*?

—Francamente, mire usted, yo no puedo soportar la emoción que me causa el estreno de la obra, ni me atrevo á entrar en el teatro.

—¡Pero amigo Dickens....!

—Nada, Nada; estoy decidido; voy á escribir á los actores, dándoles las gracias, y aprovecho el primer tren que salga para Londres. ¿Tendrá usted la amabilidad de telegrafiarle si ha tenido buen éxito *El Abismo*?

Así fué de Londres á París de París á Londres un autor que había salido de su casa sin otro objeto que presenciar el estreno de su obra; que es todo lo que llamamos aquí un bonito viage.

De otros muchos autores se cuentan igualmente anédoctas curiosísimas, respecto del temor que se experimenta en los estrenos.

Hay algunos en cambio, que presencian los de sus obras lo mismo que si fueran ensayos generales.



Un célebre autor español contemporáneo ha asistido como espectador á alguno de los estrenos de sus obras.

Poco conocido personalmente del público en general, tomaba asiento en una butaca y escuchaba más de cerca las impresiones, sin que nadie le conociese.

Como sus dramas han tenido siempre un ruidosísimo éxito, oía á su alrededor los aplausos que le tributaban, y no daba la menor prueba de satisfacción; seguía sin inmutarse, sin aplaudirse á sí mismo, hasta el punto de hacer exclamar á más de un espectador:

—¡Pero ese hombre es el único que no aplaude esta magnífica obra!... ¡Infeliz que entenderá él de dramas!...

Zorrilla presenció desde un antepalco el estreno de *El zapatero y el rey*,.... y tuvo miedo, acaso por primera vez en su vida de triunfos y ovaciones: pero no le faltó resolución para provocar la fortuna, según el mismo afirma.

La sala del teatro estaba llena, y el público tenía deseos de hundir á aquél «jovenzuelo atrevido»; ó lo que es igual, *los morenos*, como hoy se dice, habían ido aquella noche al teatro con los pantalones de montar.

Esto lo sabía Zorrilla y escuchó toda la representación, con ánimo de vencer, tras de la cortina de su palco, y aún cuando fué llamado á escena



repetidas veces no se presentó al público hasta la conclusión de la obra.

Cuando cayó el telón rápido en el último acto los aplausos eran atronadores; resonaban en la plaza del Angel... y muy principalmente en el corazón de Zorrilla.

Había vencido el genio.

Entonces se presentó Zorrilla al público, el cual aclamaba con entusiasmo al que había calificado de «jovenzuelo atrevido».

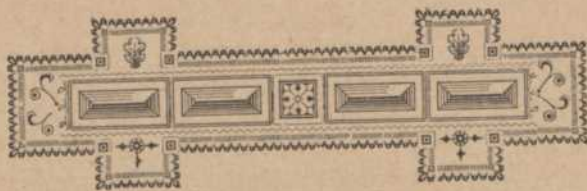
La ovación fué inmensa.

Por fin el telón separó la escena del público.

Entonces Carlos Latorre, el notable actor que tantas veces interpretó las creaciones del autor inmortal, le estrechó con efusión entre sus robustos brazos y besó aquella frente casi infantil, exclamando:

—¡Diablo de chiquitin!





IX.

Zorrilla es hoy el poeta de ayer.



UN distinguido escritor, cuyo respetable nombre no quiero recordar en los momentos actuales, precisamente cuando la nación española tiene fija la mirada en la Coronación de su insigne poeta, ha puesto en duda el mérito actual de Zorrilla y hasta se ha atrevido á negarle, estampando en letras de plomo la inconcebible idea de que encuentra dos Zorrillas,

«el uno antes y el otro después de pasar el charco.»

Nada más inverosímil que un hombre de reconocida pericia en materias literarias negando la existencia de nuestro poeta en el año que nos rige; hoy, que nadie se desdeña de llamar poeta elegante á cualquier señorito que dedica á su novia unas aleluyas retorcidas, y precisamente corriendo los tiempos en que se hace un escritor castizo del primer literato por generación espontánea que le sale al ministro del ramo de literatura, otro tal que se pasó la vida dándose de calabazadas contra la retórica y sus alrededores.

Las líneas á que me refiero no se han escrito por envidias ni con otros dañados fines, que bien se han demostrado y harto conocidas son de todos las levantadas ideas y elevados sentimientos del digno literato que las firma; no se escribieron por el afán de mortificar á los hombres de universal fama y gloria imperecedera, adquiridas leal y honradamente, afán que pudiera estar en boga en la actualidad; pero se han escrito, movido su autor acaso por la atmósfera que nos envuelve y que domina la sociedad presente; por virtud de la cual llamamos glorias nacionales á varios hombres en puntas, y honra de la tierra, á más de un animal del ramo, que presenta disposiciones para concluir con toda la raza caballar..... y con todo el ministerio, si se le sueltan.

Está plenamente probado por la realidad de los hechos la inexactitud en que incurre el aludido escritor cuando dice lo siguiente:

«.....en su musa ya anémica influyó no poco el ambiente americano con su reconocido mal gusto, convirtiéndole en una entidad literaria tan distinta que, por donaire, decía un literato estar en la firme creencia de que el legítimo Zorrilla había fallecido en Méjico, y que el que ahora pasa por tal es sólo un Cláudio Feliu ó un Campo Barrado, que con la imitación de sus obras ha venido á desacreditarle.»

No tienen razón alguna los que se atreven á afirmar esa decadencia del poeta en sus últimos años.

Y si *Clarín* ha dicho que había en España dos poetas y medio sin incluir á Zorrilla, pues si contara á este serian cuatro poetas y medio ó cinco, no le ha excluido porque haya pasado ya á la historia, sino por la misma razón que se excluye del número de los comensales en un banquete al anfitrión, sin que por eso haya de dejársele sin comer.

Zorrilla es el anfitrión en la mesa literaria y su genio morirá con el insigne autor de *Margarita la Tornera*.

Véase si se ha extinguido el estro poético del autor de estos versos, escritos no hace muchos meses, y publicados en la acreditada revista semanal *La Ilustración Española y Americana*.



«Mas el pesar recóndito, la soledad del alma,  
mi extrañamiento injusto de mi paterno hogar,  
la falta del cariño que los pesares calma,  
la sombra de la parra que dá más que la palma,  
la gloria de la casa, la vida del azar.

Eso es lo que me falta y eso es lo que me sobra;  
eso es lo que mi cuerpo debilitó por fin,  
y eso es lo que me mata: la duda, la zozobra  
de haber perdido el tiempo, que nunca se recobra,  
en un afan estéril y en un trabajo ruin.

.....  
¿Qué soy? .....

.....  
Un átomo sonoro y en la aura vagabundo,  
un són vibrante y claro de un ritmo musical,  
un loco que ha vagado cantando por el mundo,  
un hombre ayer famoso por su poder fecundo  
de hacer un ritmo armónico del eco más banal.

.....  
El vulgo crée tan solo lo absurdo que él concibe  
y solamente crédito á sus absurdos dá;  
según él se los forja, sus idolos recibe  
no más; y le sucede lo que al que en la agua escribe:  
según lo va escribiendo, borrando se le vá.

.....  
¿Soy yo hombre de este siglo? Ya yo su fin no al-  
[canzo

y lo que en él no he sido no lo podré ya ser:  
mi siglo ante mi corre, y aunque tras él me lanzo,  
él corre con el rayo y yo á traspíes avanzo,  
y á cuestras con mis años no puedo ya correr.»

Estos versos, que forman parte de la que llama Zorrilla *Mi última brega*, escrita en Valladolid, tienen toda la inspiración de que el poeta podía hacer alarde á los treinta años.

La brillante forma y el poético estilo de estos cadenciosos versos demuestran la pureza de su origen y el vigor notable de su viejo autor, que no deja matar por los años el gusto literario que poseyó siempre.

El que ha escrito esas bellezas no es un Zorrilla apócrifo ó un Campo Barrado.

¡Es Don José Zorrilla!



Zo  
morir  
As  
plomo  
versos



X.

Aquí yace

*EL POETA NACIONAL.*



RASE hecha, cuyo autor la ha dedicado á una población determinada.

Y es que en la conciencia de todos está la idea de que el ilustre vallisoletano no ha olvidado á su pueblo.

Zorrilla ha ofrecido á Valladolid el honor de morir en la tierra donde nació.

Así lo ha dicho más de una vez en letras de plomo; y recuerdo, entre otros, aquellos sentidos versos que escribía en la capital de Castilla la Vieja.

He venido aquí á morir,  
dejéme morir en paz.

Valladolid, que, más que admirarle, y le admiraba mucho, ha querido siempre á su viejo poeta, deseaba recordarle cuantas veces pudiera, y allí donde encontraba ocasión, la gloria que había alcanzado hace treinta años, cuando se hallaba en la plenitud de su vida; y entónces dedicaba á Zorrilla las mismas frases, las mismas entusiastas ovaciones que en aquella época, que ha pasado ya á la historia.

Y Valladolid se identificaba con los triunfos del más ilustre de sus hijos, y todos sus paisanos se enorgullecían de serlo de tan esclarecido ingenio, haciéndose partícipes de su gloria.

A todo lo cual, Zorrilla, queriendo olvidarse de sus triunfos, contestaba aquellas palabras:

He venido aquí á morir,  
dejarme morir en paz.

.....Pero esto hace ya mucho tiempo, y Zorrilla no se muere, á Dios gracias.

Y Él nos le conserve muchos años; que, hasta entónces, bien satisfechos estaremos de no derramar una lágrima sobre la losa que contenga esta inscripción:

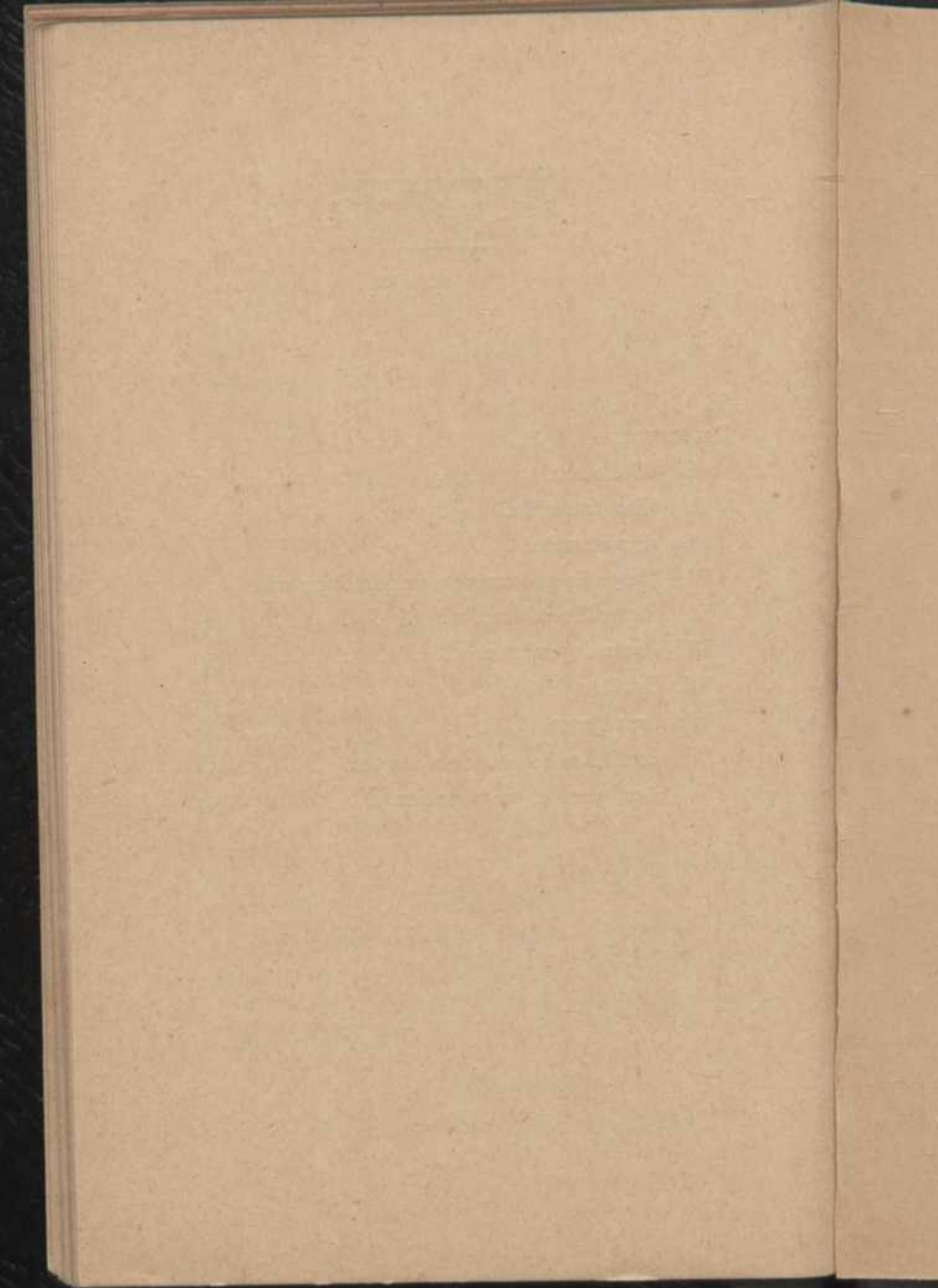
**AQUI YACE**  
**el poeta nacional.**



# ÍNDICE.

---

	<u>PÁGINAS.</u>
DEDICATORIA. . . . .	5
I. Al Lector. . . . .	7
II. Una tradición. . . . .	11
III. ¡Era un niño! . . . . .	14
IV. Un genio que muere y un genio que nace. . . . .	19
V. Autor dramático. . . . .	24
VI. Poeta legendario. . . . .	30
VII. Escritor festivo. . . . .	37
VIII. Un estreno. . . . .	44
IX. Zorrilla es hoy el poeta de ayer. . . . .	52
X. Aquí yace el poeta nacional. . . . .	57





## DEL MISMO AUTOR.

~~Quinta edición~~

Perfiles Madrileños (2.ª Edición). . .	1 peseta.
Sabios y Sandios (En colaboración). . .	Agotada.
Un Ponche (Id.) . . . . .	Agotada.
El Poeta Nacional. . . . .	1 peseta.

## En preparación

Siluetas Sociales  
Zorrilla y su Coronación  
Pildoras del Doctor Blas.

